

LA CIUDAD EN LA OBRA DE MIQUEL NAVARRO

VISTA DE ARRIBA, SIEMPRE EN MINIATURA, LA CIUDAD ACTUAL
DE MIQUEL NAVARRO RESULTA UNA OBJETUAL Y COMPLEJA
METÁFORA URBANA DE NUESTRO TIEMPO.

JOSEP PIERA ESCRITOR



En un principio, Miquel Navarro (Mislata, 1945) fue un joven dios juguetero en su particular olimpo, un constructor de pequeñas ciudades maravillosas. Así, su primera gran obra (una "obra" llama nuestra habla a la construcción de un edificio) fue ya la ciudad ("*La ciudad*", 1974). Era, entonces, la ciudad mítica, primordial y laberíntico de figuras perfectas como las pirámides, hecha de barro cocido. "Ciudad de barro" llamaban los árabes, en Valencia, al espacio originario de Miquel Navarro.

Eran los años 70 y, mientras la ciudad de Valencia crecía, enloquecida y mediocre, ocupando y deshaciendo la huerta, famosa en los mercados europeos y magnífica en la voz musical de los versos antiguos, una serie de gente, como Miquel Navarro y otros (Amadeu Fabregat, Pep Laguarda, Ventura Melia, Rafa Gassent, Josep Domenech...) buscaban una estética enraizada y moderna, personal, renovadora. Entre aquella juventud —había novelistas, cantantes, músicos, actores, poetas, cineastas— el escultor convertía en arte propio la iconografía de ciertos rituales ("*Bou embolat*" 1979) o elementos ("*Figa palera*" 1979) impregnados de un paganismo o erotismo popular y simbólico; como otros hacían historias, canciones, melodías, gestos, poemas, películas.

Entonces, en el catálogo de una exposición de Miquel Navarro (Galería Vendrés, Madrid), Joan A. Toledo escribió que la escultura, en Miquel Navarro, es cultura, y qué tipo de cultura es: "*Más que de una cultura de litoral, de una cultura de los márgenes —que no marginal—. Más que de un abstracto mediterraneísmo, de orilla marítima, con lleva unas bases de limo, de orilla de río soleado. En nuestro caso, de unos márgenes unidos a un legado árabe, 'moro'. De acequia. De tierra de regadío*". Quizás sí que, entonces, Miquel Navarro sentía, vivía, la ciudad con el tacto y los ojos de un niño maravillado por el constante crecimiento de aquel gigante urbano que devoraba sus mejores recuerdos, vinculados a la tierra y al agua, en la biografía feliz de la infancia, en la escritura del vivir.

Y sí. Así, a medida que su ciudad (de barro moro, de cerámica medieval o barroca) moría, y se extendía otra, vulgar o mezquina, él iba convirtiendo la suya, en un tierno, privado, íntimo juguete personal, un placer secreto que se pudiera encerrar en una habitación propia. De esta manera, manejando de nuevo las piezas de un mundo propio, de un mundo que,



© ALBEROLA

por perdido ya, sólo era suyo, estrictamente interior y biográfico, como un cálido fantasma del pasado, mostró perspectivas soñadas, absolutamente originales, de insólitas ciudades en miniatura.

Y llegó el éxito internacional.

Al cabo de una década, de múltiples exposiciones individuales o colectivas por todo el mundo (Valencia, Barcelona, Madrid, Berlín, New York, Bolonia, Londres...) y de haber expuesto en espacios prestigiosos, como el Guggenheim de New York o la Bienal de Venecia, la antigua ciudad (aquella) se convirtió en la actual ("*La ciudad 84-85*"), inmensa, caótica, de aluminio, de frío o de acero, con rascacielos, industrias y basuras. Pero hecha, esculpida, como contemplada desde el aire, en miniatura siempre, la ciudad actual de Miquel Navarro resulta, ahora, más que un juguete de sorprendentes y sencillas arquitecturas, una objetual y compleja metáfora urbana de nuestro tiempo.

"La ciudad es la gran síntesis cultural e histórica del hombre", dijo el escultor en una entrevista reciente a Rafa Mari ("*Papeles*", febrero 1987). Y, ciertamente, esta frase no sólo es la expresión de una verdad intelectual, sino también la definición que él mismo hace de su quehacer. Una síntesis en evolución que va desde el barro al zinc, de la pirámide al rascacielos, de la fábrica a la industria, de la cerámica al acero, del pasado al presente, del niño al adulto, del primitivo al post-moderno.

Más tarde, después, ahora, ahora mismo, la escultura de Miquel Navarro ha ido, ha vuelto, a las fuentes. Hijo de un país rural, primitivo y abolido, educado en la tierra fértil de una huerta regada por mil acequias, Miquel Navarro, ahora, cuando este paisaje ha dejado de existir a su alrededor, intenta reconstruir unos pocos fragmentos civilizados. Por esto, homenajea al agua y erige altas fuentes en lugares o plazas donde el único susurro, antes de su llegada, era el ruido urbano, el dominio de la máquina, el sucio canto de estos tiempos.

Así sí, en alguna ocasión, el lector imaginario que me lee decidiera viajar por el País Valenciano, cuando llegue a la ciudad de Valencia —pocas piedras antiguas, un río urbanizado, un laberinto de sueños, una huerta ya deshecha y olores a tierra agónica— de camino hacia el sur, encontraría, inesperadamente, un alegre poema como un río vertical, como una acequia levantada en homenaje al agua, el elemento que en tiempos pasados hizo de esta pesadilla urbana un jardín mítico. Se trata —evidentemente— de la escultura en la que Miquel Navarro, el mejor representante de la vanguardia artística valenciana, ha sintetizado la modernidad urbana y la tradición rural de su entorno originario. Es decir, de su biografía personal, de él mismo y de otros vividores de este país. Una presencia, ésta, que en pocos años se ha convertido en el emblema más creativo de la Valencia de hoy, de la post-modernidad misma. ●